



*Quark* 1997; 8: 7-8.

## **Tribuna**

### **Sobre los políticos y los científicos**

#### **Jordi Camí**

«No existe nada en contra de que la política, una forma de conocimiento dedicada a organizar la convivencia, se construya con el método científico... (otra cosa es que se haya intentado muy poco)», escribía hace unos meses Jorge Wagensberg (*El País* de 9 de abril de 1997). Y es que muchos firmaríamos para que la toma de decisiones políticas se basara más en evidencias, tan provisionales, tentativas y falseables como se quisieran. Sin embargo, duele observar que el día a día vaya repleto de ejemplos bien distintos. A veces el paradigma se encuentra en decisiones que afectan al medio ambiente, como la implantación o incluso la mera ubicación de determinadas tecnologías para la gestión de residuos; a menudo los ejemplos se encuentran en decisiones que afectan la salud pública, como el inexplicable retraso en facilitar el intercambio de jeringas o los programas de metadona para frenar la expansión epidémica del sida. Con menos frecuencia, afortunadamente, se pretenden imponer resoluciones «precientíficas», frase con la que una conocida y exaltada diputada del Congreso español etiquetaba, hace unas semanas, las pretensiones de aquellos políticos empeñados en demostrar que no existe una única lengua catalana.

El ya retirado editor de *Nature*, John Maddox, en una entrevista publicada el año pasado en *Quark* (abril-junio 1996, número 3), nos decía que «la ignorancia que verdaderamente ofende no es la del ciudadano normal sino la de los gobernantes, porque da la impresión de que los administradores y los políticos actúan al margen de informaciones contrastadas y de los consejos de los verdaderos expertos».

Que el quehacer de los políticos es «otra cosa» lo tuvo que reconocer hasta el mismísimo Carl Sagan, tras su tenaz trayectoria en pro de la culturización de la ciudadanía norteamericana. Sagan sentenció recientemente en su libro póstumo *El mundo y sus demonios* (Editorial Planeta, 1997): «Aunque el pensamiento escéptico es de valor incalculable en política, la política no es una ciencia». Pues bien, fracasada, por ahora, la pretensión de que se realice una política «basada en la evidencia», también es cierto que muchos políticos viven con auténtico pavor el hecho de que trasciendan en entornos científicos, resultados y pesquisas elaboradas por los propios técnicos que están a su servicio.

¿La publicación de resultados es un imperativo ético? ¿Cuál sería el problema? O bien se considera contraproducente que los científicos participen directamente en política, o bien que los científicos están especialmente mal preparados para la tarea política. ¡Vieja polémica!, nos diría algún epistemólogo de lo reciente y, mientras tanto, no parece que pierdan predicamento los detractores de la tecnocracia en el poder, sobre todo, cuando las reticencias provienen de aquellos que han acaparado el poder durante años, han hecho de ello su «profesión» y siguen justificando la necesidad de una pureza y una distancia para el buen quehacer de la «clase política».

A la vista de lo que pronostican algunos dirigentes que viven en sociedades basadas en la ciencia y la tecnología, parecería que se avecinan nuevos tiempos en los que será difícil sostener esta defensiva y protectora distancia entre científicos y políticos. El discurso de Neal Lane, director de la influyente y poderosa National Science Foundation (NSF) estadounidense, y realizado hace unos meses ante el pleno de la American Association for the Advancement of Science (AAAS), nos puede servir como argumento e invita a diversas reflexiones. Lane predica desde la perspectiva de un gestor preocupado por el futuro de

la ciencia y su percepción social (en un país donde la investigación científica ha disfrutado comparativamente de bien pocas limitaciones, por lo menos hasta el fin de la guerra fría). Lane parece haber asumido cuáles son los retos con que la (su) ciencia se enfrentará próximamente y parece estar muy sensibilizado por la necesidad de que los científicos salgan de su comodísima torre de marfil. Ante un foro influyente de científicos, el director de la NSF considera que ahora le toca el turno a la ciencia, para que ofrezca una nueva imagen, en sus propias palabras «quizás más prosaica». Se trata de que los científicos salgan de su élite y consigan que los contribuyentes se conviertan en sus principales cómplices. Se trata de convencer a los ciudadanos acerca de los objetivos sociales de las tareas de los científicos.

Lane, quizás con demasiado optimismo, confía que el propio futuro resuelva parte de las contradicciones en que la ciencia incurre hoy día. Mientras constata que, en su sociedad (¿y en la nuestra?), se da por sentado que una carrera de derecho ofrece la base y la preparación adecuadas para desarrollar cualquier actividad política, se pregunta por qué una carrera de ciencias no permite el mismo acceso a los cometidos que necesita la sociedad para organizarse. Y ante esta contradicción, el director de la NSF proclama que el futuro de la sociedad norteamericana requiere que los científicos y tecnólogos participen activamente en las iniciativas que afectan la dinámica del país. Y a partir de ahí se lamenta que la educación de éstos no les confiera la necesidad de sentirse necesarios en otros sectores de la sociedad en calidad de líderes. Critica a los científicos que piensan en «su laboratorio» como la única catedral posible y que no desean salir de ella, ya que, sugiere Lane, lo viven como si descendieran un escalafón y contribuyeran al desprestigio del gremio. Todo lo contrario.

Ante una realidad (tan norteamericana como española) en la que empiezan a sobrar científicos bien formados que no encuentran trabajo en la clásica ciencia, Lane no aboga, ni mucho menos, por un recorte en la formación de científicos. Lo que sugiere es la necesidad de un cambio en el paradigma educativo de los científicos y tecnólogos, un cambio que les permita imaginarse un horizonte profesional más ancho, una reconsideración de los objetivos de la carrera científica que, lejos de abocarles hacia actividades poco convencionales, más bien los haga aptos para afrontar los nuevos retos y las responsabilidades que se exigirán en el futuro.

Cuando Neal Lane describe aquellas fuerzas que serán determinantes en el futuro, alude tanto a las imprevisibles consecuencias del desarrollo de las tecnologías aplicadas a la información como al dinamismo de la economía mundial y en particular hace una referencia explícita a la inequívoca competencia futura de los países asiáticos y, en especial, de China. En este sentido, a menudo pienso en el tratamiento mediático que, quizás de forma un tanto primaria, recibió en algunos foros el sucesor de Deng Xiaoping. Jiang Zemin, al parecer, es el primer líder en la historia de China con un título universitario. Un líder controvertido, sin duda, del que se especula acerca de su liderazgo, ya que se presenta con menos autoridad y carisma que sus antecesores. Sólo futuras generaciones podrán valorar la importancia o no que tendrá este pequeño detalle, es decir, los antecedentes educativos del nuevo líder chino; lo que no pudo evitarse es que, en coherencia con las reticencias con que son vistos determinados líderes políticos, tras la designación de Jiang Zemin, el responsable de los titulares de uno de los periódicos más influyentes de nuestro país, encabezase la noticia de la sustitución de Deng Xiaoping con el sospechoso lema que sigue a continuación: «Un tecnócrata universitario en la cúpula del poder» (*El País* de 21 de febrero de 1997). Tiempo al tiempo. Por lo tanto proseguimos hacia un futuro en el que tanto los científicos como los políticos deben afrontar nuevos retos.

Retomando las declaraciones de Maddox, el de los políticos consiste en que basen sus decisiones teniendo en cuenta las evidencias científicas, las informaciones contrastadas. Que los políticos tengan una determinada titulación u otra, o ninguna, no será nunca predictor de nada.

Sólo la educación recibida, o la sensibilidad y predisposición hacia ella determinarán la calidad de los gobernantes que deseamos.